

EL SOL DE MEXICO BORGES, LEFEBVRE Y WALL STREET

Por Jorge RAMIREZ QUIROGA

I

Si intomas dispares confluyen para dar testimonio sobre una realidad: la junta militar de Argentina se hunde en medio de sus imposibilidades y contradicciones. Las voces del herético monseñor Lefebvre, de la celebridad condecorada por Pinochet, Jorge Luis Borges, y del periódico de las altas finanzas norteamericanas, The Wall Street Journal, aportan más elementos al diagnóstico. El prelado francés, cuyo último hallazgo consiste en señalar el carácter de "protestante" del Papa Paulo VI, alabó a los mandos castrenses argentinos por implantar "el orden" y salvar a su país de "la subversión". Don Jorge Luis, tras decir que la democracia es "un abuso de la estadística" (ya que "nadie supone que la mayoría de las personas pueda opinar de un modo válido sobre literatura o matemáticas, pero se supone que todo el mundo puede opinar de un modo válido sobre política", aceptó complacido el Premio pinochetista. La publicación estadounidense hace gala, como era de esperarse, de los supuestos acordes con la "cautelosa" evaluación de un proceso que apoya pero le despierta sospechas acerca de su lentitud y la inexistencia de un "hombre fuerte" dentro de las fuerzas armadas.

Lefebvre define correctamente la esencia del proyecto impulsado por los militares rioplatenses. Borges, empeñado en ser coherente, no deja lugar a dudas sobre la naturaleza de los vínculos que unen a las dos dictaduras; The Wall Street Journal contabiliza efectos y consecuencias del impracticable plan Videla-Martínez de Hoz, sin con ello develar los insondables misterios que provocan esos pueblos inexplicablemente remisos a ser dependientes. La profundidad del miembro de la colonia extranjera de Buenos Aires que sentencia: "ellos (los militares), como todo el mundo, han crecido oyendo la doctrina peronista de que no es necesario trabajar mucho para estar bien", resulta ya conmovedora. Los trabajadores "vivían" muy bien en la década del 30, claro está que a cambio de tales beneficios su participación en el producto nacional era del 35 por ciento; los otros, los que trabajaban cortando bonos, recorriendo Europa y provocando escándalos en los cabarets de París, obtenían por sus desvelos el restante 65 por ciento. Desde luego al invertirse los términos, repatriándose la deuda externa y recobrando la nación el ejercicio de su soberanía, algunos militares (¡afortunadamente una minoría, incluso depurada después de 1955!) pervirtieron la otrora misión impoluta de reprimir cualquier reclamo popular. Por eso no es comprensible del todo la inquietud del benevolente extranjero y admirador de la servidumbre feudal: ese ejército que él teme ya no existe. Quizás Mr. Everett G. Martin obtiene sus informes de ciudadanos similares al personaje de Sartre, fijados en la década del 40; sin embargo, parece que la Segunda Guerra Mundial ha terminado.

Un grupo de industriales inquietos por las derivaciones de la situación socioeconómica argentina, tras entrevistar a Videla manifestó su apoyo a un aumento salarial del 15 por ciento. Sometidos a los efectos de una recesión insuperable dentro de los rígidos marcos fondomonetaristas que Martínez de Hoz defiende a capa y espada, los industriales no del todo ligados a las transnacionales propugnan la reactivación del mercado consumidor interno, máxime si se considera que en su mayoría las empresas producen bienes para el país y no fundamentalmente con destino a la exportación. La más grande retracción popular de los últimos veinte años, que ha convertido a los negocios minoristas en locales desiertos donde ocasionalmente entra un cliente, obliga a los empresarios a buscar salidas aunque sea momentáneas.

La propuesta de Mr. Martin en The Wall Street Journal, coherente con los elogios de Borges y Lefebvre, tiene el pequeño inconveniente de lanzarse sin considerar los aspectos políticos que condicionan cualquier planificación de gobierno. El hombre de "considerable experiencia" del banco central de Chile, repetidor mecánico de lo que le enseñaron los economistas de Chicago, pontifica también desde lejos y carece de la suficiente aproximación al conjunto de problemas que afrontan los militares de Argentina. La receta del chileno trató de ser implementada en los cinco meses posteriores a marzo de 1976, arrojando consecuencias dramáticas: decenas de miles de cesanteados, veinte mil presos políticos, tres mil muertos, diez mil desaparecidos, quiebra de infinidad de industrias y comercios, éxodo de profesionales y técnicos, supresión de todas las garantías y derechos constitucionales y humanos, desaparición del derecho de asilo, etc.

Por consiguiente, ningún superficial analista, nativo o extranjero, se halla habilitado para desconocer los denodados esfuerzos "estabilizadores" de la dictadura; claro que, lamentablemente para los partidarios del fascismo en el Cono Sur, la existencia de organizaciones revolucionarias de gran desarrollo y ligazón con el movimiento obrero frustra las sucesivas campañas recolonizadoras.

Los condicionales campean por sus fueros en los escritos del periodismo yanqui. El uso y abuso de los "habría", "podría", "parece", "aparentemente", etc., constituye una ley de la asepsia norteamericanana. Acostumbrados a la recepción fácil de sus públicos, siempre preocupados por aspectos tan profundos como el color de la corbata del candidato o el ancho de la sonrisa del legislador de turno, los periodistas del imperio concluyen por ser especialistas en nada. Porque decir que "en una reciente noche especialmente sangrienta, los 'escuadrones de la muerte' asesinaron a 46 víctimas que aparentemente habían sido sacadas de los

centros de detención gubernamentales por suponerseles izquierdistas", linda ya con la jerga de los infradotados.

Si hay 46 personas que están detenidas, poseyéndose sus nombres e identificación completa, en cárceles que dependen del gobierno, y de un día para otro aparecen acribilladas a balazos, hay que olvidarse del subterfugio absurdo de afirmar que "aparentemente" la responsabilidad es oficial.

"Parece que de algún modo, los miembros de los 'escuadrones de la muerte', nunca pueden ser atrapados". Nadie piensa que esa gente, pagada de acuerdo a las nóminas de distintas dependencias gubernamentales, posee virtudes sobrenaturales que las transforma en invisibles. Si los mandos militares que dependen de Videla, Pinochet o Banzo, para citar a tres destacados exponentes del gorilismo sudamericano, proyectan la política represiva y concentran el poder de decisión oficial, mal pueden eludir su jurisdicción algunas decenas de policías u oficiales del ejército, marina y aeronáutica.

Las contadísimas excepciones de integrantes de la Triple A que fueron detenidos aun durante la administración de María E. Martínez, además de ser totalmente periféricos dentro del grupo criminal, se debieron al control que la fuerzas armadas acentuaron sobre las bandas inicialmente al servicio de López Rega y la ultraderecha justicialista. Asolados por las tropas de ocupación, cada día más restringidos al subconsumo en el contexto fondomonetarista, los latinoamericanos del Cono Sur computan también entre sus plagas la de los "especialistas" norteamericanos. Y aunque para todo hay un límite, la ignorancia de esos inspectores de los consorcios no tiene parangones.

"Yo creí durante mucho tiempo en la democracia. Ahora no creo en ella; por lo menos en lo que se refiere a mi país. Posiblemente en otros países pueda justificarse, pero no creo que en la Argentina podamos confiar en ella". ¿Quién es el "demócrata" desengañado?: No es difícil reconocer al Borges que apoyó los golpes que desde 1955 vienen postrando al pueblo en la represión más violenta.

Incursionar en el mapa de los países sometidos a las dictaduras nos lleva también a recorrer la lista de los intelectuales que avalan con su obra el avance de la ignominia. Es por ello que bien poco esperan las clases populares del conjunto de los que capitulan o se suman a la invasión política, económica y cultural del imperio en América Latina. Como en los tiempos heroicos de la primera independencia, rematada por las oligarquías al mejor postor (a veces ni siquiera se contempló tal requisito), las masas vuelven la vista sobre sí mismas y nuevamente concluyen en ¡Que sólo el Pueblo salvará al Pueblo!